BOLÍVAR ECHEVERRÍA

# RACISMO Y *BLANQUITUD*

ZINEDITORIAL



Primera edición: *Primavera 2018*

Texto no editado comercialmente por el autor

Zineditorial (comp.)
Cuidado de la edición: Zineditorial
Diseño de portada: Zineditorial
Pintura de la portada: Oswaldo Guayasamín

Este texto se editó en Software Libre

Para descargar la versión digital:
www.zineditorial.wordpress.com

Contacto y pedidos:
zineditorial@riseup.net

Impreso en una casa-taller al sur de la Ciudad de México

# ÍNDICE

# “*Blanquitud*”: Consideraciones sobre el racismo como un fenómeno específicamente moderno*

Bolívar Echeverría

La tendencia general en toda la historia –entendida como una historia de la escasez– consiste en percibir la otredad con hostilidad. A lo largo de toda la “pre-historia” – como lo sugiere Marx– todas las comunidades humanas perciben la alteridad con una abierta hostilidad respecto de su propia mismidad. La gente que coexiste en el mismo territorio con aquellos que son sus propios pobladores sólo tiene que fundamentarse firmemente ella misma sobre su propia identidad y, con ello, despertar al interior de sí una sensación de amenaza. El otro, el “bárbaro”, se convierte en un *enemigo,* alguien en quien se descargo el odio. A través de esta xenofobia u odio al extranjero, el otro aparece como un ser humano *peligroso,* que debe ser mantenido apartado, neutralizado, subyugado o eventualmente destruido. No sería una exageración decir que todo genocidio pre-moderno tiene su origen en esta percepción.

---

* Presentado en la *International Conference On Modernity,* llevada a cabo del 11 al 14 de Diciembre de 2009, Universität Wien. Publicado en inglés en el sitio web Bolivar Echeverría: Discurso Crítico y Filosofía de la Cultura (www.bolivare.unam.mx). Traducción de G. García con correcciones de Zineditorial

La otredad aparece como hostilidad únicamente cuando y donde una comunidad o sujeto colectivo elige entender y practicar su auto-afirmación como un acto de auto-preservación o *Selbsterhaltung* (como lo llamó Horkheimer), en vez de realizarla como un acto de auto-apertura o *Selbstpreisgabe*, una *auto-puesta en peligro*. La estrategia de resguardar y proteger la identidad como si fuera algo que podría desaparecer –en vez de ponerla en juego como si fuera un acontecimiento del que podría salir revitalizada y fortalecida en su confrontación con las demás identidades– es por supuesto una estrategia *suicida*, ya que los mismos pasos que conducen a la auto-conservación de la identidad pueden también conducir a la erosión, si es que se considera el curso del *tiempo*; o bien, pueden conducir a la descomposición de la identidad, si es que se toma en cuenta la consistencia *autocrítica* de la identidad. Sin embargo, ésta es una estrategia que parece ser inevitable bajo condiciones de escasez. Toda comunidad entiende la singularidad de su propia mismidad como la razón por la cual los dioses la hayan elegido como comunidad preferida o como el *"pueblo elegido"*, superior a los demás.

A lo largo de la historia, la mismidad y la otredad de un individuo singular o colectivo han sido detectadas o reconocidas de acuerdo con muchos criterios, algunos se enfocan en sus rasgos animales o naturales, tales como la constitución corporal o el color de piel; otros se concentran en sus características sociales, como el lenguaje o el *ethos*; mientras que otros combinan ambas perspectivas, la natural y la ética. La combinación de estos dos criterios fija la identidad y la alteridad en términos de *raza*.

La determinación específica de la mismidad y de la otredad en términos de *raza* surge cuando los rasgos animales del ser humano y las características sociales comienzan a ser percibidos en una *unidad consolidada* como si aquéllos fueran el *significante* de una substancia ética, la cual sería su *significado*; como si los rasgos animales del ser humano fueran el aspecto visible de un conjunto indivisible de expresión y contenido. Así, por ejemplo, los rasgos corporales negros (la piel negra, etc.) serían la manifestación necesaria de un alma negra, y a la inversa, un "alma negra" pertenecería únicamente a un cuerpo con rasgos negros. En consecuencia un comportamiento humano sería un comportamiento *racista* si se dirige a las otras personas a través del filtro de una determinación previa que califica su apariencia como éticamente significativa. El tratamiento racista entre las personas rara vez es amistoso; es en su mayoría hostil. La presencia amenazante de la otredad imprime una marca negativa en los rasgos naturales de los cuerpos de las otras personas.

El universalismo y el racismo surgen juntos. La comprensión racial de la mismidad y de la otredad humana deben ser considerada como una fenómeno que es específico de tiempos proto-modernos y *modernos*. En realidad comienza como un complemento del universalismo abstracto que es requerido por el comportamiento humano de la circulación mercantil de productos o de bienes, un universalismo que la religión cristiana promovió implacablemente en la sociedad occidental por más de mil años. La gran variedad de definiciones de la mismidad y, en consecuencia, las innumerables posibilidades de otredad que existen espontáneamente en el

mundo occidental se someten a la acción homogeneizante de una definición pragmática de la identidad o mismidad que proviene de la praxis cotidiana del intercambio de equivalentes. De acuerdo con esta definición, ser un ser humano depende de la asociación a una comunidad abstracta particular, la comunidad de propietarios privados u hombres dedicados a la competencia mercantil, cada uno tratando de superar a los demás y de incrementar su fortuna monetaria sobre la base de una mayor generación de valor al trabajo incorporado en sus productos.

Aquí es importante recordar que el incremento en la producción de valor mercantil significa, por supuesto, la capacidad del trabajo para producir más y mejores *bienes* o "valores de uso", pero sólo si estos "valores de uso" son portadores o *soportes* de valor económico. La producción de valor en cuanto objetivo final de la labor humana llevada a cabo en el proceso de trabajo y en la vida humana en general, pertenece a comunidades donde la actividad social ya está organizada en torno a una *economía mercantil*, una forma de producción y consumo que ya está sujeta a la circulación de bienes en tanto intercambio de mercancías u objetos equivalentes.

La identidad mercantil refuncionaliza la identidad tradicional, arcaica, a tal grado que se convierte en irreconocible para las generaciones previas. Es una identidad abstracta, aparentemente inclusiva y abierta a todos los seres humanos, que trasciende a todas las demás identidades, y según la cual nadie tiene por qué ser un "otro", a menos que rechace la "invitación" a pertenecer a la comunidad abstracta de propietarios privados. De este modo es evidente que una *nueva especie de otredad* ha

surgido, una que es específicamente "*otredad racial*", la otredad de las personas que no son disfuncionales a la subordinación que la nueva identidad mercantil tiene que hacer de la mismidad tradicional. Es una otredad ética que se hace distinguible en la apariencia o aspecto que proviene de los efectos de la refuncionalización mercantil que rechaza los rasgos corporales (animales) de los seres humanos. Por lo tanto, el comportamiento mercantil requiere necesariamente de una apariencia de sí mismo, una "apariencia mercantil" específica que no es solamente una manifestación de la producción de valor, sino uno de sus componentes.

Un cambio radical ha tenido lugar: una *re-definición* de la mismidad y de la otredad. Las personas que pertenecen a "otra raza" son consideradas ahora no sólo como bárbaras (diferentes de la gente de su propia comunidad y sin familiaridad con su lengua y costumbres), sino también como probables seres *no-humanos,* como *aliens*, "ajenos" o "extranjeros", personas ciegas o insensibles a la meta específicamente "humana": la de la producción de valor.

Sin embargo, éste es un cambio que la opinión pública niega sistemáticamente. La nueva definición de la identidad, en tanto que opuesta a la alteridad, es concebida erróneamente y simplemente interpretada como una definición más civilizada y, por consiguiente, como una versión casi inofensiva de la definición arcaica de lo que es correcto en oposición a lo que es extraño, o de lo que es civilizado frente a lo que es bárbaro. "Oculta" especialmente en el "Tercer Mundo", la actual realización devastadora de la moderna definición racista del otro no es reconocida y no es tratada como una práctica

genocida. El racismo moderno es eclipsado por los restos del antiguo odio al extranjero. El linchamiento de negros en Estados Unidos perpetrado por el *Ku Klux Klan* así como la eliminación masiva y sistemática de judíos y gitanos en la Europa nazi, son algunas *recaídas* modernas y recicladas del antiguo tipo de genocidios o prácticas arcaicas de *agresión* xenofóbica. Las acciones anti-negras y anti-judaicas de ayer y hoy, representadas por la "industria cultural" de la modernidad capitalista como hazañas o "proezas" negativas pero espectaculares, contribuyen en nuestro tiempo a ocultar, esconder y olvidar la silenciosa pero muy efectiva actividad genocida del racismo específicamente moderno, para así minimizar la práctica racista "natural" o estructural del comportamiento social cotidiano y de las políticas instituidas en la modernidad capitalista.

La primera aparición histórica del racismo específicamente moderno se puede encontrar en la España del siglo XVI, cuando la empresa de la Conquista fue acompañada por una discusión antropológico-teológica, abierta y conceptualmente muy rica, sobre la cuestión de si los indios tenían alma, sobre si ellos eran completa o sólo parcialmente humanos. No es difícil notar que una intención auto-justificadora está trabajando por debajo del nivel discursivo de esta discusión. El "hombre nuevo", el hombre moderno, está tratando de apoyar o fundamentar su presencia devastadora en América con una demostración de la disfuncionalidad de los pueblos indígenas ante una re-construcción del mundo que era manifiestamente apoyada por Dios. Contrario a lo que los evangelizadores franciscanos o el padre Las Casas querían

pensar, un indio no puede hacerse plenamente cristiano, no puede transformarse en un "nuevo" y moderno cristiano, en un hombre de acción, en un hombre que *pertenece a su propia empresa,* como Cortés o Pizarro. Y un indio no puede hacerlo, pese a que pueda comportarse como un cristiano ejemplar, porque en última instancia un nuevo cristiano sólo puede ser una modificación o una nueva versión de un "antiguo cristiano", un "cristiano castizo", "de casta" o "de sangre", es decir, un cristiano *español.* Por primera vez en la historia, en la España de los conquistadores, la ética empresarial cristiana y la "pureza de sangre" europea están unidas entre sí. Esto puede ser considerado como la primera aparición de una percepción nueva y moderna de la mismidad y de la alteridad, que es la base del racismo moderno.

Sin embargo, el racismo específicamente moderno alcanza su madurez sólo dos siglos más tarde, cuando después de la Revolución Industrial, la vida social mercantil se había convertido en una vida social específicamente mercantil-capitalista o, como Fernand Braudel dice, cuando el capitalismo había desbordado la esfera de la circulación de la economía y había invadido la esfera de la circulación de la economía y había invadido la esfera de la producción. Karl Marx interpreta este hecho de la historia económica utilizando su teoría de la "subsunción formal" y "subsunción real" del proceso de reproducción natural de la riqueza social bajo el proceso de reproducción de la riqueza económico-abstracta del capital. Subsunción quiere decir subordinación o dependencia. Marx explica, así, cuánta diferencia hay para la vida social de cuando la subordinación a la auto-reproducción del capital afecta sólo

"formalmente" el proceso de trabajo y de cuando se ha convertido ya en proceso de subordinación "real". De hecho, "subsunción formal" significa que el comportamiento de la economía está compelido por la dinámica del mercado a seguir las reglas que se derivan de la búsqueda de la meta de acumulación de capital, pero forzándolo sólo desde fuera del proceso de producción. Por el contrario, la "subsunción real" significa que la acción de esta fuerza constrictora, objetivada en la consistencia técnica del proceso de producción, viene desde dentro de sí misma; que la meta capitalista, la valorización (*Verwertung*) de valor económica, ha sustituido las metas concretas del proceso de reproducción natural de la riqueza social.

Cuando el comportamiento capitalista es "real" y no meramente "formal", cuando es efectivamente un modo de producción, reconfigura no sólo los medios de producción y su consistencia técnica, sino que también reconfigura al sujeto de producción. Esto lo hace de acuerdo con su propio "proyecto" capitalista que es un proyecto que persigue la subordinación total de la vida social bajo la demanda insaciable del valor económico con el fin de aumentar su magnitud. El modo capitalista de producción moldea o reconstruye un tipo peculiar de ser humano que sea capaz de conformarse a las necesidades del cuidado adecuado de la riqueza capitalista; éste es un ser humano que se caracteriza principalmente por un modo de vida fundado en una auto-represión productivista (*Entsagung, Opfer*), y que ha interiorizado completamente la tendencia mercantil a la producción de plusvalor. Para él, *vivir en* el capitalismo y *vivir para* el capitalismo es lo mismo. El *homo capitalisticus* es el

ser humano que ha seguido la demanda imperativa o el "llamado" que proviene del capital y que él mismo se ha subordinado al hecho de que el capital gravite por encima del sujeto humano del proceso de reproducción social-natural, gravitación que precisamente Max Weber identificó como el "espíritu del capitalismo" (*der Geist vom Kapitalismus*).

Si no hay alternativa a la forma capitalista de vida moderna, si la civilización y la *civilización capitalista* son lo mismo, si vivir en el capitalismo significa vivir para el capitalismo, entonces Max Weber tiene razón: el hombre moderno es el ser humano que obedece el llamado del "espíritu del capitalismo" y es quien, por lo tanto, con el fin de lograrlo desarrolla un *ethos* peculiar, un comportamiento "con los pies en la tierra" o un *ethos* "realista" que establece cierta especie de armonía – Nietzsche diría un armonía "nihilista"– entre él mismo y la estructura del mundo capitalista. Para Weber la "ética protestante" es la manifestación práctica cristiana de este *ethos*.

Pero Max Weber puede estar equivocado. De hecho, para muchos seres humanos modernos, vivir en el capitalismo – algo que *es* inevitable en la modernidad capitalista– no ha sido necesariamente lo mismo que vivir para el capitalismo. Para estas personas modernas el capitalismo no representa "la mejor de todas las modernidades posibles". Hay otros *ethe*, otras estrategias de comportamiento, otros modos de vivir en el mundo moderno capitalista que se desarrollan ellos mismos en la praxis cotidiana, bajo la presunción de que algún otro modo de producción, diferente del modo de producción capitalista, puede sustentar una mejor forma de vida moderna. El *ethos* "romántico", el "barroco" o incluso el ilustrado o "neoclásico" –

para usar una terminología elegante– emergen en las más diferentes situaciones a lo largo de la historia de la modernidad. Desde los márgenes de la vida normal, sutilmente disfuncional en relación ella, todos ellos, de una manera u otro, impugnan la posición monopólica del *ethos* "realista" o "protestante" en la modernidad capitalista; todos ellos se afirman a sí mismos como propuestas alternativas y auto-críticas de un modo de vida dentro de los límites de la modernidad capitalista.

La descripción de Max Weber sobre el tipo moderno de hombre se hace plausible únicamente en una situación en la que se haya completado totalmente la subsunción o subordinación de la vida humana "natural" o concreta bajo el proceso capitalista de auto-generación de valor económico; cuando, como en nuestro días, incluso la "naturaleza" pueda ser reemplazada por un sustituto casi perfecto, creado por el capital mismo.

El modo de producción capitalista consigue esta subordinación total sólo con la "americanización" – la "*norte*-americanización"– de la modernidad. El proyecto de una modernidad capitalista, proyecto que nació en Europa, se realizó únicamente en (Norte-)América. No pudo ser completado en Europa debido a las fuertes y múltiples resistencias que provenían principalmente de otros proyectos civilizatorios pre-existentes.

La *experiencia histórica* concreta que el "*ethos* protestante" o "realista" tuvo que soportar durante su crecimiento y expansión en el norte de Europa se *consolidó* en una fuerte afinidad y preferencia por los rasgos étnicos y éticos de las personas que viven en esa región geográfica. Así, en nuestro tiempo, tras esta experiencia histórica, la disposición de una

persona a ser "realista" o vivir para el capitalismo, sólo puede ser efectiva si además participa, en alguna medida y de una manera o de otra, de estos rasgos étnicos y éticos. Sólo si ella o él pertenecen o están vinculados en alguna medida a una raza peculiar, la raza de los "blancos": solo si la persona participa de la "*blanquitud*".

La "*blanquitud*" de un individuo (singular y colectivo) –no su *blancura*, sino su *blanquitud, whiteyness* (para usar el título de la película de Fassbinder)– consiste en su capacidad para la producción del plusvalor, pero sólo si está entrelazada o vinculada estrechamente con un difuso o sublimado conjunto de rasgos étnico-éticos, que originalmente pertenecieron a la población del norte de Europa. Ni el comportamiento cristiano puritano por sí solo, es decir, la auto-represión productivista, ni las marcas de identidad étnico-blancas por sí solas son suficientes para caracterizar la "*blanquitud*" ya que además es necesaria una sutil combinación de ambas. La "identidad blanca" es una identidad universal-abstracto, que se caracteriza por su funcionalidad con el modo capitalista de reproducción, pero cuyas marcas de reconocimiento en el mundo concreto son, sin embargo, un préstamo de una identidad étnico-ética particular. Lo abstracto, única fuente del universalismo particularizado de la *blanquitud*, ha sido un recurso insuperable para la tendencia expansionista de acumulación de capital. No obstante, la sociedad totalitaria que el capitalismo post-liberal construye en nuestros días en sustitución de la sociedad liberal tradicional ha dado ya un paso considerable con la instalación de la raza blanca en el papel de la "raza humana".

La práctica del racismo moderno es generalmente híbrida; es moderna y al mismo tiempo arcaica. El odio abierto y brutal al otro como una obra de bárbaros, como un disfraz del odio oculto y discreto hacia el otro en cuanto una persona no-blanca, esto fue lo que sucedió en la Alemania nazi y representa la práctica paradigmática del racismo moderno. Un propietario privado "genuino" en la moderna sociedad occidental europea explicaría su odio moderno al otro del siguiente modo: "los judíos son tramposos". Pero con ello él querría decir: "los judíos esconden o disfrazan la propiedad común (en forma de ayuda mutua) como propiedad privada; protegen o preservan el nervio de su propia *Heimat*, la vida en comunidad, precisamente allí donde debe ser la regla la *Heimatlosigkeit*, la ausencia de comunidad. Los judíos son dignos de odio porque se benefician de estos engaños y explican este beneficio como si fuera un regalo de Dios o de la misericordia que él les tiene por ser su pueblo elegido". En contra de toda la evidencia acerca del éxito del pueblo judío en la vida mercantil moderna, la política nazi no reconoció ninguna *blanquitud* a los judíos. Saltando a un tipo distinto pero pre-moderno de argumentación, los nazis pretendieron mostrar y demostrar por qué los judíos eran odiosos al argumentar que eran un *Volk*, el pueblo judío, y que como tal habían hecho un gran daño al pueblo alemán. El exterminio de los judíos sería, así, sólo una venganza justificada que el pueblo alemán ofendido realizaba en contra de un enemigo bárbaro. El viejo odio al extranjero es utilizado como un instrumento del nuevo  odio al que no es blanco o no-humano.

El racismo moderno atiende a la diferencia entre los que "nacen ganadores" y los que son evidentemente "perdedores por nacimiento"; entre, por un lado, los que son evidentemente "realistas", los que aceptan e interiorizan el destino del *homo capitalisticus*, y, por el otro, los que son innegablemente "disfuncionales", los que no pueden o se niega a aceptar tal destino.

Considerando que en situaciones críticas los "no-blancos" pueden llegar a ser una población prescindible ("*ballastgewicht*", como los nazis solían decir), sujetos de una "solución final" (*Endlösung*) o de un "*triage*" misericordioso (para usar una palabra de R. Rorty), el racismo definido en relación con la *blanquitud*, el racismo moderno, se hace real en la vida normal de la sociedad moderna a través de una práctica discriminatoria cuyo odio al otro, al no-blanco, permanece en general en la etapa de desdén o desprecio, de desconfianza y de temor ante la sospecha. Aparentemente inofensiva, esta discriminación radical condena como no humanos (como *Un-menschen*) a todo el mundo que no ha encontrado el camino al éxito ni la apariencia correcta del éxito. Y "no-humano" significa prescindible, listo para ser eliminado si las circunstancias lo requieren. Por tanto, es comprensible que en la sociedad de la abundancia del capitalismo neo-liberal y globalizado, cuando el éxito parecía ser una meta alcanzable, muchos no-blancos, muchos "perdedores de nacimiento", tanto en el Primer Mundo como en el Tercer Mundo desde América hasta China, intentan con resultados notorios adoptar la raza blanca, como esto se puede ver ahora especialmente en los Estados Unidos.

En un mundo determinado por el funcionamiento planetario de las fuerzas productivas y "globalizado" por el proceso de acumulación de capital, es necesario desarrollar una perspectiva transnacional de los problemas sociales e históricos, y en esta perspectiva los datos disponibles permiten hablar de un peculiar "genocidio ordinario" que implica esta práctica discriminatoria moderna. Cuando Carl Amery escribió *Hitler como precursor*, el tenía en mente no sólo el asesinato espectacular de cientos de miles (como en Ruanda en 1994), sino también esta nueva y discreta masacre masiva cotidiana que tiene lugar en nuestro tiempo, sobre todo en el Tercer Mundo, como, por ejemplo, la muerte de trabajadores migrantes mexicanos y latinos en la frontera entre los Estados Unidos y México.

**Referencias Bibliográficas:**

Amery, Carl, *Hitler als Vorläufer. Auschwitz – der Beginn des 21. Jahrhunderts?*, Luchterhand 1998.

Rorty, Richard, *¿Quiénes somos? Universalismo moral y triage económico*, Revista de Occidente, Unesco, Paris, 1996.

# Imágenes de la *blanquitud*[*]

Bolívar Echeverría

*Sein Auge ist blau*
*er trifft dich mit bleiner Kugel*
*er trifft dich genau.*[1]

Paul Celan, *Todesfuge*

La palabra "espíritu" que aparece en el famoso ensayo de Max Weber sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* se refiere sin duda a una especie de demanda o petición de un cierto tipo de comportamiento que la vida económica de una sociedad hace a sus miembros. El "espíritu" es una solicitación o un requerimiento ético emanado de la economía. El "espíritu del capitalismo" consiste así en la demanda o petición que hace la vida práctica moderna, centrada en torno a la organización capitalista de la producción de la riqueza social, de un modo especial de comportamiento humano; de un tipo especial de humanidad, que sea capaz de adecuarse a las exigencias del mejor funcionamiento de esa vida capitalista. Según Weber, el

* Originalmente publicado en: Diego Lizarzo et al., *Sociedades icónicas. Historia, ideología y cultura en la imagen,* Siglo XXI, México, 2007. La presente edición es una adaptación de dos versiones distintas: Bolivar Echeverría, *Modernidad y blanquitud*, Ediciones Era, México, 2010. y Bolivar Echeverria, *Imágenes de la "blanquitud"*, 2007. [archivo PDF]. Recuperado de: www.bolivare.unam.mx/ensayos/blanquitud.html.

1 "Su ojo es azul/ te apunta con una bala de plomo/ te apunta y no falla."

*ethos* que solicita el capitalismo es un *ethos* "de entrega al trabajo, de ascesis en el mundo, de conducta moderada y virtuosa, de racionalidad productiva, de búsqueda de un beneficio estable y continuo", en definitiva, un *ethos* de autorrepresión productivista del individuo singular, de entrega sacrificada al cuidado de la porción de riqueza que la vida le ha confiado. Y la práctica ética que mejor representa a este *ethos s*olicitado por el capitalismo es, para Weber, la del cristianismo protestante, y en especial la del puritanismo o protestantismo calvinista, aquel que salió del centro de Europa y se extendió históricamente a los Países Bajos, el norte del continente europeo, a Inglaterra y finalmente a los Estados Unidos de América.

En la nota preliminar a sus *Artículos escogidos de sociología de la religión*, Max Weber dejó planteada la idea de que la capacidad de corresponder a la solicitación ética de la modernidad capitalista, la aptitud para asumir la práctica ética del protestantismo puritano, puede tener un fundamento étnico y estar conectada con ciertas características raciales de los individuos. Las reflexiones que quisiera presentarles intentan problematizar este planteamiento de Max Weber a partir del reconocimiento de un "racismo" constitutivo de la modernidad capitalista, un "racismo" que exige la presencia de una *blanquitud* de orden ético o civilizatorio como condición de la humanidad moderna, pero que en casos extremos, como el del estado nazi de Alemania, pasa a exigir la presencia de una *blancura* de orden étnico, biológico y "cultural".

Se puede hablar de un "grado cero" de la identidad concreta del ser humano moderno, que consistiría en la pura funcionalidad ética o civilizatoria que los individuos demuestran

tener respecto de la reproducción de la riqueza como un proceso de acumulación de capital. En este plano elemental, la identidad humana propuesta por la modernidad "realmente existente" consiste en el conjunto de características que constituyen a un tipo de ser humano que se ha construido para satisfacer al "espíritu del capitalismo" e interiorizar plenamente la solicitud de comportamiento que viene con él.

Distintos elementos determinantes de los modos de vida tradicionales, distintas subcodificaciones de los sistemas semióticos y lingüísticos heredados, distintos usos y costumbres pre-modernos o simplemente no-modernos, en pocas palabras, distintas determinaciones de la "forma natural" de los individuos (singulares o colectivos) son oprimidos y reprimidos sistemática e implacablemente en la dinámica del mercado a lo largo de la historia, en el camino que lleva a este "grado cero" de la identidad humana moderna [fig.1]. Son precisamente aquellas determinaciones identitarias que estorban en la construcción del nuevo tipo de ser humano requerido para el mejor funcionamiento de la producción capitalista de mercancías y que deben ser sustituidas o reconstruidas [fig.2] de acuerdo a la versión realista, puritana o "protestante-calvinista" del *ethos* histórico capitalista.[2]

En el contexto que nos interesa, es importante señalar que la "santidad económico-religiosa" que define a este "grado cero" de la identidad humana moderno-capitalista, que caracte-

2 Sobre la multiplicidad del *ethos* histórico de la modernidad capitalista, que incluiría, además del realista, a otros tres más: el "romántico", el "(neo)clásico" y el "barroco", véase Bolivar Echeverría, "Modernidad y capitalismo", *Las illusiones de la modernidad*, Universidad Nacional Autónoma de México-El Equilibrista, México, 1995.



[1]
Fritz Lang, *Metropolis*:
El autómata
(la máquina con "alma"
humana).



[2]
Adolf Ziegler, *La musa de la danza*: (lo humano con "alma" maquinal).



[3]
Jan van Eyck,
*Matrimonio Arnolfini*
(1434), detalle.

riza a este nuevo tipo de ser humano, es una "santidad" que debe ser visible, manifiesta; que necesita tener una perceptibilidad sensorial, una apariencia o una imagen exterior que permita distinguirla [fig.3]. La modernidad de un individuo, lo efectivo de la interiorización que ha hecho del e*thos* puritano capitalista, es decir, su "santidad" o el hecho de haber sido elegido por la gracia divina, es reconocible antes que nada en el alto grado de productividad del trabajo que le toca ejecutar. Lo evidentemente productivo de su actividad en lo que lo ubica por encima de la línea que separa tajantemente a los "*winners*" (triunfadores) o "*salvati*" de los "*losers*" (perdedores) o "*sommersi*". Pero no se manifiesta sólo en este dato estadístico; también se muestra en la imagen que corresponde a esa santidad evidente, en todo el conjunto de rasgos visibles que acompañan a la productividad,

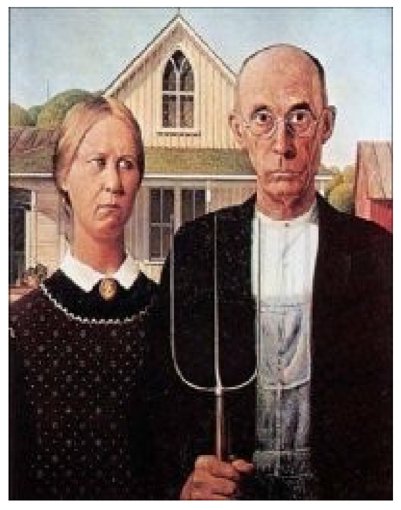
desde la apariencia física de su cuerpo y su entorno, limpia y ordenada, hasta la propiedad de su lenguaje, la positividad discreta de su actitud y su mirada y la mesura y compostura de sus gestos y movimientos.

Pero el grado cero de la identidad individual moderna es en verdad un grado insostenible, evanescente, que en la historia cede su lugar enseguida a un grado primero o inicial de concreción identitaria: el grado de identidad que corresponde a la identidad nacional. En efecto, sólo excepcionalmente las masas de la sociedad moderna son, como suele decirse, masas amorfas y anónimas; por lo general son masas identificadas en la realización del proyecto histórico estatal de alguna empresa compartida de acumulación de capital, es decir, son masas dotadas de una identidad de "concreción falsa", como diría el filósofo Karel Kosík, pero concreta al fin, que tiene una consistencia nacional.

Ahora bien, en lo que concierne a estas reflexiones, es de observar que la identidad nacional moderna, por más que se conforme en función de empresas estatales asentadas sobre sociedades no europeas (o sólo vagamente europeas) por su "color" o su "cultura", es una identidad que no puede dejar de incluir, como rasgo esencial y distintivo suyo, un rasgo muy especial al que podemos llamar "*blanquitud*". La nacionalidad moderna, cualquiera que sea, incluso la de estados de población no-blanca (o del "trópico"), requiere la "*blanquitud*" de sus miembros. Se trata sin duda de un dato a primera vista sorprendente, ya que la idea de una identidad nacional parecería excluír la subsunción de ella bajo alguna identidad más general (por ejemplo, "europea" u "occidental"), que trascienda las

determinaciones étnicas particulares de la comunidad "nacionalizada" por el estado capitalista. La explicación de esta posible paradoja de una nación "de color" y sin embargo "blanca" puede encontrarse en el hecho de que la constitución fundante, es decir, primera y ejemplar, de la vida económica moderna fue de corte capitalista-puritano, y tuvo lugar *casualmente*, como vida concreta de una entidad política estatal, sobre la base humana de las poblaciones racial e identitariamente "blancas" del noroeste europeo. Se trata de un hecho que hizo que la apariencia "blanca" de esas poblaciones se asimilara a esa visibilidad indispensable, que mencionábamos, de la "santidad" capitalista del ser humano moderno,que se confundiera con ella. La productividad del trabajo como síntoma de la santidad moderna y como "manifestación" del "destino" profundo de la afirmación nacional pasó a incluir, como acompañante indispensable, a la blancura racial y "cultural" de las masas trabajadoras.

El rasgo identitario-civilizatorio que queremos entender por "*blanquitud*" se consolida, en la historia real, de manera casual o arbitraria sobre la base de la apariencia étnica de la población europea noroccidental, sobre el trasfondo de una *blancura* racial-cultural. A lo largo de tres siglos (del siglo XV al XVIII), esa casualidad o arbitrariedad se fue convirtiendo poco a poco en una necesidad y pasó a ser codeterminante de la identidad moderna del ser humano como una identidad civilizatoria capitalista, en su variante puritana o "realista" [fig. 4]. En otras palabras, debido a su frecuencia abrumadora, el hecho de que los "santos visibles" fueran también, además de todo, "de raza y de usos y costumbres blancos" abandonó su



[4]
Grant Wood,
*American Gothic*



[5]
Miguel Cabrera,
Indios (los
incompatibles)

factualidad y pasó a convertirse en una condición imprescindible. Es gracias a este *quid pro quo* que el ser autenticamente moderno llegó a incluir entre sus determinaciones esenciales el pertenecer de alguna manera o en cierta medida a la raza blanca y consecuentemente [fig. 5] a relegar en principio al ámbito impreciso de lo pre-, lo anti- o lo no-moderno (no humano) a todos los individuos, singulares o colectivos, que fueran "de olor" o simplemente ajenos, "no occidentales".[3]

3 La imagen de contraste o imagen de lo contra-moderno, de lo incompatible con la *blanquitud*, ubica a un personaje de la novela *El último encuentro*, de Sándor Márai, en la de una "humanidad determinada por el trópico": "Has de saber que todos los ingleses que han pasado cierto tiempo en el trópico son sospechosos en su propio país. Son dignos de admiración y de reconocimiento, pero son también sospechosos. En sus fichas secretas figura

Pero el proceso fue, en verdad, un tanto más complicado. Lo interesante está en que, durante este tránsito subrepticio de lo casual a lo necesario, la condición de *blancura* para la identidad moderna pasó a convertirse en una condición de *blanquitud*, esto es, permitió que su orden *étnico* se subordinara al orden *identitario* que le impuso la modernidad capitalista cuando la incluyó como elemento del nuevo tipo de humanidad promovido por ella. Es esta la razón de que, en principio, en la modernidad capitalista, los individuos de color puedan obtener la identidad moderna sin tener que "blanquerse" completamente; de que les baste con demostrar su *blanquitud*.

Podemos llamar *blanquitud* a la visibilidad de la identidad ética capitalista en tanto que está sobredeterminada por la *blancura* racial, pero por una blancura racial que se relativiza a sí misma al ejercer esa sobredeterminación [fig.6].

Es la compostura de los personajes, una compostura que denota *blanquitud*, y no blancura de raza, lo que impresiona en la representación de la nueva dignidad humana que hay en losnumerosos retratos de burgueses u hombres modernos de la pintura flamenca en los siglos XV y XVI [fig. 7]. La *blancura* está allí, pero precisamente sólo como un sobrentendido (Holbein, Van Eyck, Ter Borch, etc.). Esta observación vale

---

seguramente la palabra 'trópico' como si dijera 'sífilis' o 'espionaje'. Son sospechosos aunque hayan conservado la costumbre jugar al golf o al tenis, aunque hayan estado bebiendo whisky, aunque hayan aparecido en las condecoraciones: todos ellos son sospechosos. Simplemente po haber vivido en el trópico. Simplemente por haber sobrevivido esa infección terrible e imposible de asimilar que también tiene sus atractivos, como cualquier peligro mortal. El trópico es una enfermedad. Las enfermedades tropicales se curan con el tiempo, pero el trópico jamás" (Salamandra, Barcelona, 1999, pp. 74-75).



[6]
Hans Holbein,
Retrato del comerciante
Gisze (1532)

también para la representación que se hace en esa época del cuerpo humano desnudo [fig.8]. En la pintura de Lucas Cranach, Adán y Eva son sin duda de raza blanca, pero no es su blancura sino la inocencia de su sensualidad lo que el pintor circunscribe y enfatiza. Puede decirse, entonces, que un racismo identitario, promotor de la *blanquitud* civilizatoria, que no de la *blancura* étnica –es decir, un racismo tolerante, dispuesto a aceptar (condicionadamente) un buen número de rasgos raciales y "culturales" alien, "ajenos" o "extranjeros"– , es constitutivo del tipo de ser humano moderno-capitalista. Sin embargo, por más "abierto" que sea, este racismo identitario-civilizatorio no deja de ser un racismo, y puede fácilmente, en situaciones de excepción, readoptar un radicalismo o fundamentalismo étnico virulento, como lo veremos enseguida.



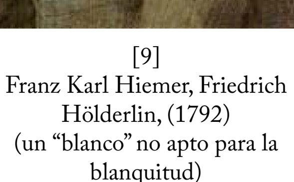

[7]
Gerard Ter Borch, Dama escribiendo una carta (1655)



[8]
Lucas Cranach, Adán y Eva (1528)

La intolerancia que caracteriza de todos modos al "racismo identitario-civilizatorio" es mucho más elaborada que la del racismo étnico: centra su atención en indicios más sutiles que la blancura de la piel, como son los de la presencia de una interiorización del *ethos* histórico capitalista. Son estos los que sirven de criterio para la inclusión o exclusión de los individuos singulares o colectivos en la sociedad moderna. Ajena al fanatismo étnico de la blancura, es una intolerancia que golpea con facilidad incluso en seres humanos de impecable blancura racial pero cuyo comportamiento, gestualidad o apariencia indica que han sido rechazados por el "espíritu del capitalismo" [fig. 9]. El "racismo" de la *blanquitud* sólo exige que la interiorización del *ethos* capitalista se haga manifiesta de alguna manera, con alguna señal, en la apariencia exterior o corporal de





[9]
Franz Karl Hiemer, Friedrich Hölderlin, (1792)
(un “blanco” no apto para la blanquitud)



[10]
Obreros blancos

los mismos; los rasgos biológicos de una blancura racial son una expresión necesaria pero no suficiente de esa interiorización, y son además bastante imprecisos dentro de un amplio rango de variaciones. En los países nórdicos del capitalismo más desarrollado, una buena parte del “ejército obrero industrial” del que hablaba Karl Marx --y no sólo del “de reserva”, compuesto de desempleados y marginados, sino incluso del “ejército obrero en activo”--, que era un ejército de “raza” indiscutiblemente “blanca”, ha fracasado siempre en su empeño de alcanzar una *blanquitud* plena [fig. 10].

Los negros, los orientales o los latinos que dan muestras de “buen comportamiento” en términos de la modernidad capitalista norteamericana pasan a participar de la *blanquitud*.

Incluso, y aunque parezca antinatural, llegan con el tiempo a participar de la blancura, a parecer de raza blanca. La manipulación que Michael Jackson [fig. 11] hace de los rasgos étnicos de su rostro es sólo una exageración caricaturesca de la manipulación identitaria y somática que han hecho y hacen con sus modos de comportamiento y con su apariencia física otros "no-blancos" atrapados en el *American way of life*.

Me refiero, por ejemplo, a aquellos negros norteamericanos que en los años 60 recibían el apodo de "Uncle Toms", a quienes hoy su *blanquitud* a toda prueba les ha permitido triunfar, lo mismo en la política [fig. 12] que en los negocios y el mundo del espectáculo, y cuya figura emblemática sería la secretaria de defensa Condoleeza Rice. Pero me refiero también a tantos otros grupos "de color" cuya adopción de la *blanquitud*, cuya "americanización" o interiorización del *ethos* realista del capitalismo contribuye a que la " modernidad americana" pueda ostentarse a sí misma como la única modernidad válida y efectiva; son grupos humanos cuyasfiguras emblemáticas serían, por ejemplo, el primer ministro Junichiro Koisumi [fig. 13] o el presidente Alejandro Toledo [fig. 14].

El racismo étnico de la *blancura*, aparentemente superado por y en el racismo civilizatorio o ético de la *blanquitud*, se encuentra siempre listo a retomar su protagonismo tendencialmente discriminador y eliminador del otro, siempre dispuesto a reavivar su programa genocida. Los *mass media* no se cansan de recordar, de manera solapadamente amenazante, el hecho de que la *blancura* acecha por debajo de la *blanquitud*.

Basta con que el estado capitalista entre en situaciones



[11]
Michael Jackson



[12]
Condoleezza Rice



[13]
Junichiro Koisumi



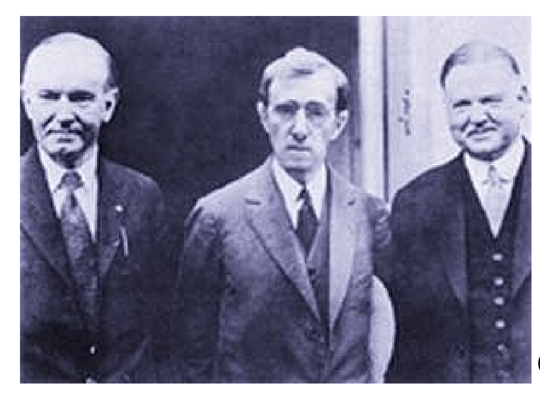
[14]
Alejandro Toledo

de recomposición de su soberanía y se vea obligado a reestructurar y redefinir la identidad nacional que imprime a las poblaciones sobre las que se asienta, para que la definición de la *blanquitud* retorne al fundamentalismo y resucite a la blancura étnica como prueba indispensable de la obediencia al "espíritu del capitalismo", como señal de humanidad y de modernidad.[4]

El ejemplo paradigmático de la posibilidad de esta regresión se encuentra en la historia de la sociedad alemana: en la refundación catastrófica del estado alemán como estado nacionalsocialista entre 1933 y 1945. El racismo de la *blanquitud* fue sustituido entonces por un racismo exaltador de la *blancura*, gracias al cual la reivindicación histérica de una pureza racial aria se hizo acompañar de un reavivamiento igualmente histérico del antijudaísmo tradicional de las poblaciones europeas.

A comienzos del siglo XX, la gran mayoría de los alemanes de origen judío cumplía todas las exigencias de la *blanquitud*, y lo hacía con creces: la asimilación entusiasta y constructiva al mundo de la Europa moderna había llevado a muchos de ellos incluso hasta el extremo de esa autotransformación somática [fig. 15] de la que Woody Allen hace burla en su película *Zelig*. Por esta razón, la disfuncionalidad que la ideología nazi estaba interesada en en-

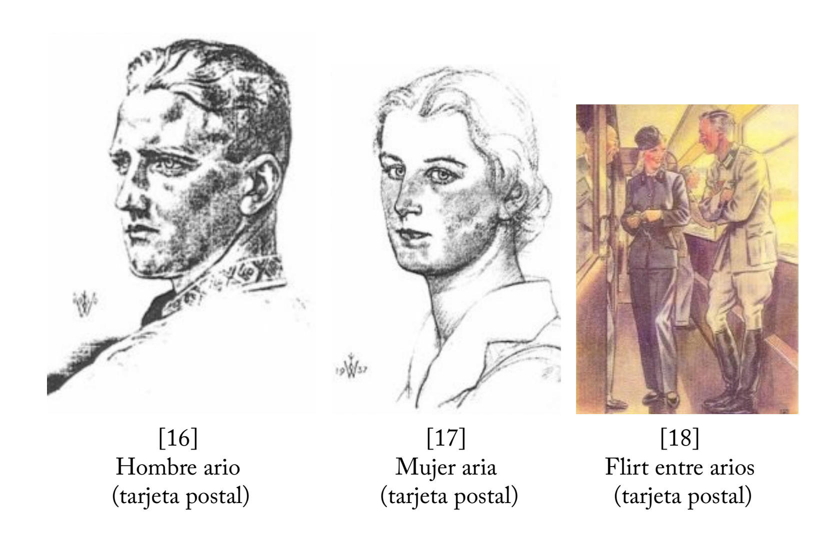
4 La regresión fundamentalista de la identificación moderna capitalista no implica siempre un retorno a la exigencia de blancura racial, como en la primera mitad del siglo XX europeo; puede cumplirse perfectamente en un retorno a la exigencia de una blancura identitaria, "cultural" o manifiesta en los "usos y costumbres" e incluso en la *Weltanshauung,* como sucede ya en el presente siglo, bautizado por Samuel Huntington como el de un "*clash of civilizations*".



[15]
Woody Allen, Zelig
(entre white celebrities)

contrar en la población judía respecto del nuevo proyecto naional-socialista de estado capitalista era una disfuncionalidad que sólo podía distinguirse y ser combatida y extirpada si la realización de ese nuevo proyecto de estado, que por supuesto implicaba también un nuevo proyecto de nación, planteaba como indispensable un retorno fundamentalista a la blancura racial como condición de la humanidad moderna [fig.16] el regreso a una blancura étima o pura [fig.17] , enfáticamente noreuropea, germánica o aria, [fig.18] que no pudiera confundirse con la "blancura" mestiza, solapada bajo esa *blanquitud* tolerante que prevalecía en las naciones de la modernidad capitalista liberal, y cuyos rasgos estaban presentes de manera excelente entre los alemanes judíos [fig.19 y 20].

Dos razones estrechamente ligadas entre sí permiten explicar –que no justificar– el hecho de que el movimiento nazi encauzara la reafirmación racistas de la blancura étnica en el sentido de un antijudaísmo exacerbado: en primer lugar, se trataba de un movimiento constitutivamente demagógico [fig. 21], que disfrazaba con una retórica revolucionaria su intención



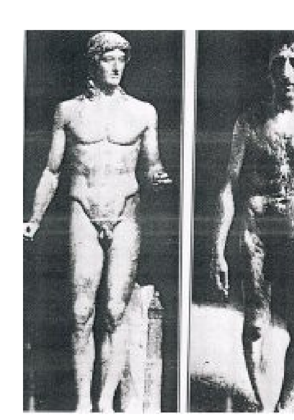
[16]
Hombre ario
(tarjeta postal)

[17]
Mujer aria
(tarjeta postal)

[18]
Flirt entre arios
(tarjeta postal)

profunda de tendencia contrarrevolucionaria [fig. 22], y que necesitaba por lo tanto borrar la percepción del proletariado, al que engañaba, la evidencia de su continuismo efectivo con el estado capitalista al que decía atacar. La única manera de hacerlo era la de recurrir a acciones abiertamente violentas que llevaran a cabo una aparente "transformación radical de lo establecido". En esta línea, la acción violenta de arrancarle al cuerpo social alemán su parte judía(el 1% de su población), y deshacerse de ella para "purificarlo y fortalecerlo", resultaba impactante, demostraba una "voluntad revolucionaria" más potente y pura que la del"marxismo"[5] [fig. 23]; con la ventaja,

5 En cambio, la acción sistemáticamente genocida contra los judíos de Europa oriental, que se inicia junto con la guerra con el bolchevismo y por la conquista de "espacio vital" o *Lebensraum* (véase la película de Elem Kilmovm *Ven y mira*), en una acción que debe ocultársele al pueblo. La "radicalidad" de esta acción, lejos de expresar un "idealismo revolucionario", demuestra un cinismo tan burdamente pragmático que hasta al más fanático de los nacionalistas le resulta difícil compartirlo.



[19]
Diferencias raciales 1




[20]
Diferencias raciales 2

además, de que se trataba de una acción relativamente inofensiva para "el sistema", irrelevante *grosso modo* para el funcionamiento capitalista de la economía y la sociedad alemanas. En segundo lugar, la tendencia a hacer de los judíos el "chivo expiatorio" de todas las calamidades sociales, con una tradición que se remontaba a la Edad Media, había retomado fuerza a finales del siglo XIX en las sociedades noreuropeas. Este renacimiento general del antijudaismo europeo llegó en Alemania a su punto más alto después de la Primera Guerra Mundial, a mediados de los años veinte, al término de la devastadora inflación que pauperizó aun más a las masas trabajadoras mientras beneficiaba a la "élite plutocrática", aquella de la que la opinión pública pequeño-burguesa, en pleno uso de su irracionalidad, tenía por partícipes y cómplices a todos los alemanes de origen judío.

El nazismo puede aprovechar el antijudaísmo tradicional de la pequeña burguesía europea, ese sentimiento que invierte la carga valorativa de admiración-envidia de esta



[21]
Obreros y campesinos alemanes guiados por un SA-Mann




[22]
Victoria o bolchevismo (cartel)




[23]
Judeo-marxismo "El marxismo es el ángel guardián del capitalismo. Vota por la lista del nacionalsocialismo."



Der Stürmer

Deutsches Wochenblatt zum Kampfe um die Wahrheit

1938

Der Handelsjude

Er schädigt das Volk und verdirbt den Kaufmannstand

Die Juden sind unser Unglück!

[24]
"El judío comerciante". "Los judíos son nuestra desgracia", en *Der Stürmer*



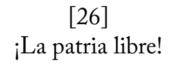
Der Stürmer

Juden tarnen sich!

Die Juden sind unser Unglück!

[25]
"Los judíos se disfrazan". "Los judíos son nuestra desgracia", en *Der Stürmer*

clase hacia los judíos y la presenta como si fuera un desprecio-rechazo [fig.24]. Los pequeño-burgueses europeos cultivan un odio de resentimiento hacia los judíos, porque los tienen por superiores. En efecto, a diferencia de ellos, que dejaron que sus lazos comunitarios ancestrales se perdieran con la mercantificación total de su vida y con la consagración de la misma por el cristianismo puritano, los judíos mantienen y cultivan esos lazos en la vida cotidiana. Los judíos han logrado salvar el núcleo de la *Heimat*, esa combinación simbiótica "natural" de territorio y *ethos* (a la que el microhistoriador Luis González llama "matria"), en medio de la total *Heimatlosigkeit* ("carencia de matria") en la que la modernidad devastadora ha sumido al ser humano, según el filósofo Martin Heidegger.[fig. 25]. En el sentir de la envidia pequeño- burguesa, los judíos


[26]
¡La patria libre!



[27]
Parasitismo judío
(hoja volante)




[28]
"Quien lleva este signo, es un enemigo de nuestro pueblo."

"tienen la ventaja" de haber desarrollado una estrategia anti-corrosiva o anti-disolutoria de la identidad "natural" y poder combatir eficazmente la profunda anonimización moderna de la vida social, malamente remediada por la identidad nacional.

La motivación profunda de la sociedad alemana de esa época, sobre la que se monta y a la que tergiversa el nazismo, proyecta la cosecusión de una meta similar, es decir, pretende reconquistar las virtudes de la vida comunitaria aniquiladas por la modernidad capitalista [fig. 26]. Pero la estrategia que el nazismo desarrolla para alcanzar esa meta tiene un sentido contrapuesto al de la estrategia espontánea de la población alemana de origen judío. No es una estrategia de resistencia, como la de ésta, caracterizada por un barroquismo anticapitalista dentro del capitalismo, sino una estategia romántica, ultra-capitalista, que pretende alcanzar una "re-humanización" de la vida económica capitalista mediante un

correctivo estatal-*völkisch*. La estrategia judía de defensa de la identidad comunitaria "natural" (admirada y despreciada a la vez, demonizada bajo el término "parasitismo"), [fig. 27] había mostrado que esa meta –el mantenimiento de la *Heimat*, de la comunidad, en medio de la atomización mercantil– era alcanzable, pero siempre que fuera en el modo de resistencia a la destrucción de identidades concretas implicada en la vida capitalista. Esta fue precisamente la causa de que la presencia judía se volviera para el nazismo el primer estorbo mayor que debía hacer a un lado [fig. 28].

En contra de la afirmación entusiasta que hacen los alemanes judíos de la *blanquitud tolerante* como credencial de entrada a la humanidad moderna, la recomposición nazi del estado capitalista pretende su eliminación y la instauración, en lugar suyo, como requisito ineludible para la pertenencia al género humano, de una *blanquitud fundamentalista*, esto es, de una blancura racial extrema, una blancura aria, que sería la portadora natural de una modernidad "regenerada".

Es evidente el momento psicótico que se encuentra en la recomposición racista de la nación alemana, proyectada y puesta en práctica por el movimiento nazi; la idea misma de una comunidad racial que posea "por naturaleza" unas virtudes regeneradoras de la modernidad capitalista es una idea absurda, completamente insostenible. Resulta por ello interesante considerar los distintos intentos de plasmación de este absurdo en medio de la vida real de la sociedad alemana durante los doce años que duró el Tercer Reich. Dado el hecho de que las artes plásticas trabajan con imágenes y de que el racismo tiene que ver directamente con ciertas características de la imagen del cuerpo

humano y su mundo, el intento que esas artes hicieron de poner en práctica ese absurdo durante este período de la historia alemana resulta especialmente ilustrativo.[6]

El racismo es un contenido programático de la producción artística promovida excluyentemente por el estado nazi en Alemania. Se expresa en la producción de un arte que se resguarda y protege ante lo que el pintor Adolf Ziegler –conocido por sus colegas como el "pintor del vello púbico alemán"– llamó "arte degenerado" y que no es otra cosa que el

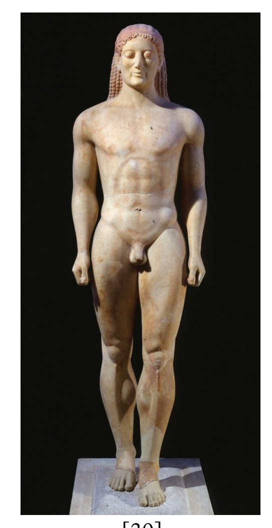
6 La tendencia propia del Estado nazi se dirige a la represión de la creatividad estética de la sociedad. Los individuos no deben emitir, sino sólo recibir los mensajes de una política que se ha "autoestetizado" y que los requiere como espectadores dispuestos a entrar en empatía con ella y participar en ella. El *Gesamtkunstwerk* propuesto por Richard Wagner, la "obra de arte total" del Estado nazi, su "estetización" de la política (de la que habla W. Benjamin en su famoso ensayo sobre la obra de arte), consiste exclusivamente en la ora minuciosa ora grandilocuente escenificación cotidiana de la unidad popular supraclasista, en el espectáculo permanente de la *Hiemat* recobrada, con el que todos y cada uno de los *Voksgenosse* eran inducidos a identificarse. Toda obra de arte era en principio sospechosa porque implicaba el desenmascaramiento de esta impostura estética de intenciones demagógicas. Hay que mencionar que no sólo en el Estado nazi la estetización de la política fue impuesta de manera terrorista. El Estado "soviético" de Rusia hizo otro tanto. La represión casi total de la revolución formal del "arte moderno", sin el motivo potenciador que en el Estado nazi identificaba a las "vanguardias" artísticas con el enemigo judío, se acompañó en él del fomento de un arte programático al servicio de una "revolución socialista" imaginaria. El arte oficial propuso un canon de la figura humana obediente a la imagen consagrada de la *blanquitud* –de ahí la gran similitud que se observa entre muchas obras plásticas del nazismo y muchas del "socialismo"–, sólo que su fundamentalismo no resaltaba en ella de marcas del autosacrificio para la guerra sino otras, "stajanovistas", propuestas por el "realismo socialista": las del autosacrificio para el trabajo conquistador del futuro.

arte producido por la revolución de las formas estéticasmodernas que llevaban a cabo en esos años las vanguardias del "arte moderno", arte acusado de judaísmo y de comunismo (o "bolchevismo", como los nazis lo llamaban peyorativamente). El arte fomentado por el estado nazi pretende, como lo afirma Albert Speer, el favorito de Hitler y su "arquitecto de cabecera", retomar fuerzas de un retorno a las formas estéticas clásicas y a la representación probadamente occidental del cuerpo humano. "Las artes plásticas de nuestros días, dice, han reencontrado la sencillez y la naturalidad clásicas y con ello lo verdadero y lo bello."[7] Se trata sin embargo de un arte que termina por dar un paso atrás precisamente respecto de aquella ruptura del hieratismo egipcio [fig. 29] en la representación del cuerpo humano, con la que comienza el arte plástico occidental [fig. 30] entre los griegos del siglo VII o VI antes de Cristo, y por reinstalar en la representación realista del cuerpo humano un hieratismo especial que impacta por lo insostenible de su retórica.

Lejano del hieratismo de las figuras egipcias, que reposan en sí mismas seguras de su eternidad, el hieratismo de la escultura nazi, exagerado hasta el umbral de lo grotesco, se guía, según el crítico Klaus Wolbert, por el Prinzip der Starre (el principio de la rigidez), que quiere simbolizar a la consistencia moral interior (innerlichkeit) como el núcleo escondido de la presencia corporal del hombre sobre la tierra, pero que sólo alcanza a reproducir la apariencia que debió haber tenido el ser humano europeo después de haber sido castigado por todos los

7 *"Die bildende Kunst unserer Tage hat zurückgefunden zur klassischer Einfachheit un Natürlichkeit un damit zum Wahren und Schönen."*


[29]
Faraones


[30]
Un *kouros*

siglos del medioevo cristiano. El hieratismo nazi se afirma en abierta contraposición a la sensualidad de la imagen human de origen mediterráneo u oriental, que transluciría para él una impúdica inconsistencia moral, una äusserlichkeit o entrega a lo exterior o público. En lugar de manifestar un reposo, el hieratismo de la plástica nazi transmite una tensión a punto de estallar.

Sobredetrminando el dinamismo futurista y la gestualidad expresionista que caracterizan sobre todo a los bajorrelieves heroicos de Breker (*El guardián de la frontera, Kameradschaft*, etc.) [fig. 31] o a sus figuras "simbólico-ideales" –como *Partei y Wehrmacht* (*El portador de la antorcha y El portador de la espada*) [fig. 32], que representan al partido nazi y al ejérc to alemán– se encuentra un dinamismo peculiar, paradójicamente hierático, el del acto heroico congelado en su ejemplaridad [fig. 33]; un dinamismo que concuerda perfecta-



[31]
Arno Breker, *El Guardián*, (1941-1942)



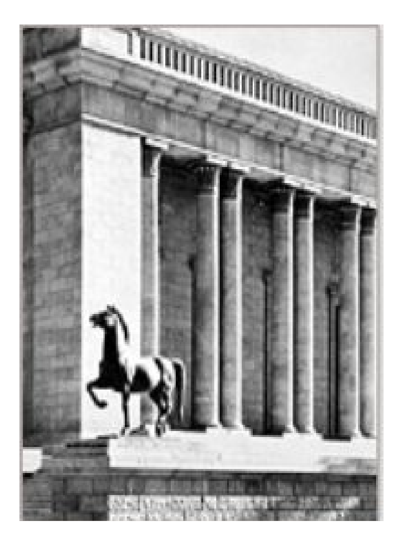
[32]
Arno Breker, *El partido,* (1939)



[33]
Arno Breker, *El ejército,* (1939)



[34]
Albert Speer, Patio de Honores de la Nueva Cancillería del Reich

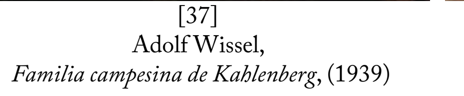


[35]
Albert Speer, Fachada de la Nueva Cancillería del Reich



[36]
Albert Speer, Nueva Cancillería del Reich (vista de noche)





[37]
Adolf Wissel,
*Familia campesina de Kahlenberg*, (1939)



[38]
T. Rieger,
*Niño de la Hitlerjugend*

mente con el sentido de la construcción monumental y pretensiosa, mausoléica y vacía [fig. 34] pero al mismo tiempo aldeana y *kitsch*, de la nueva Reichskanzelei, [fig. 35] diseñada y ejecutada a marchas forzadas por Speer, en 1938-39, para darle el último toque a la preparación de la guerra inminente con un "edificio capaz de amedrentar al enemigo" [fig. 36].

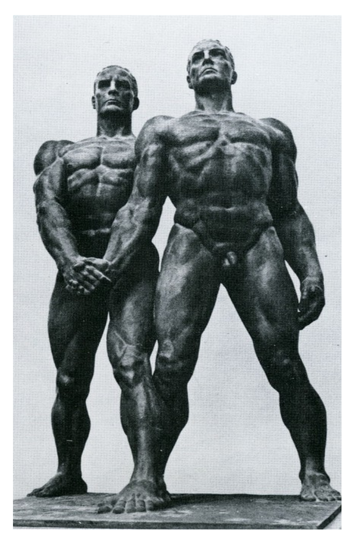
No todos los artistas partidarios del estado nazi produjeron un arte nazi; la mayor parte de ellos simplemente adecuó superficialmente su arte a la retórica del nazismo, especialmente los costumbristas (como Wiessel, Rieger, Wilrich) [fig. 37, 38 y 39] los simbolistas (como Georg Kolbe, en *Pareja humana*, Klimsch o el propio Thorak, en su titánico grupo intitulado *Camaradería*), o ciertos "neo-objetivistas" (como el arquitecto Kurt Otto) [fig. 40]. Los pocos artistas verdaderamente nazis, que pretendieron hacer un arte específicamente nazi, capaz de entrar en "empatía estética" con el movimiento político manipulado por Hitler y su banda, como un Arnold Breker, en la escultura, un Adolf Ziegler, en la pintu-



[39]
Wolfgang Willrich,
Familia aria

ra un Albert Speer, en la arquitectura, o una Leni Riefenstal, en el cine, tuvieron en la propuesta formal del primero, de Breker, si no un modelo prescriptivo, sí un ejemplo a imitar [fig.41].

El "dinamismo hierático" propuesto para las representación plástica del cuerpo huamano por Breker –a quien la prensa oficial llamaba el "Miguel Ángel del Tercer Reich"– intenta expresar, mediante una especial distorsión de la figura humana realista, la presencia de una exigencia espiritual que actuaría desde la "*Deutsche Innerlichkeit*" (el predominio de la vida interior en el hombre alemán) en la apariencia del cuerpo humano, otorgándole su especificidad y su "belleza"; una exigencia propia del hombre que, al perseguir un ideal, se sobrepone siempre a sí mismo, y lo hace heroicamente, pues tal búsqueda implica el sacrificio de uno mismo. La actitud existencial de la *Entschlossenheit*, de ese "estado de resuelto", descrito por Heidegger en su obra clásica de 1927, *Ser y Tiempo*, y ostensible en el gesto de Hitler en 1924 [fig.42] al recomenzar



[40]
Josef Thorak, *Camadería*,
(1937)



[42]
Hitler, (1924)



[41]
Albert Speer, maqueta de la
Plaza Circular, proyecto para
renovación de Berlin

su aventura política después de unos meses en la prisión de Landsberg, parece ser el modelo que Breker tuvo ante su "ojo espiritual" cuando, en 1938, alteró la figura del *David* de Miguel Angel [fig.43] dándole un sentido ario-nazi, para comenzar sobre esa vía formal la serie de esculturas que lo harían famoso [fig.44].

La búsqueda de Breker de una simbiosis entre lo ario y lo nazi en la representación del "nuevo hombre alemán" la em-



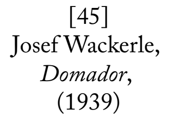
[43]
El *David* de Miguel Ángel,
(1501-1504)

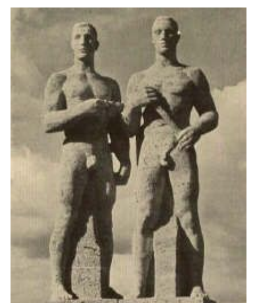


[44]
Arno Breker, *Disposición*,
(1939)

prenden también otros artistas, por vías paralelas a la suya. Así, por ejemplo, en *El portador de antorcha*, de Willy Meller (en el Ordensburg Vogelsang), o en los atletas esculpidos por Karl Albiker y Joseph Wackerle para el estadio Olympia de Berlín 1936, [fig. 45] la idea nazi de una virtud alemana que alcanza la realización individual en la fusión con la comunidad masiva del *Volk* queda plasmada cuando la figura humana retiene la textura y la continuidad de la piedra y se confunde casi con el muro del que se destaca [fig. 46]. La solidez de la comunidad popular se subraya con esta continuidad, al quedar sugerida una especie de retorno de lo humano incluso al orden de lo mineral.




[45]
Josef Wackerle,
*Domador*,
(1939)



[46]
Karl Albiker,
*Corredores de relevos*,
(1935)




[47]
*Arte degenerado,*
portada de la guía de la
exposición

Mucho menos original que Breker, el pintor Adof Ziegler –promotor de aquella exposición [fig. 47] en la que el sentido común envalentonado creyó poder hacer burla de las formas revolucionarias del "arte moderno" presentándolas como pruebas de una "degeneración"– pretende sustituir, como en *La musa de la danza* o en el tríptico *Los cuatro elementos* [fig. 48], el canon mediterráneo de la belleza del cuerpo femenino, que pone su centro en la sensualidad, por otro, específicamente ario, en el que ese centro estaría más bien en un recato expresivo de virtudes morales productivistas, lo mismo para el amor procreativo que para la actividad laboral [fig. 49].

La contrarrevolución política del movimiento nazi tuvo su equivalente en la contrarrevolución formal del arte que se integró en él. Lo mismo que el nazismo significó para la revolución europea, su arte significó para la exploración formal de las vanguardias del "arte moderno".

El arte que afirma su pertenencia al nacionalsocialismo pretende des-encubrir y enfatizar las virtudes y gracias de la





[49]
Adolf Ziegler,
*Desnudo femenino*,
1939



[48]
Adolf Ziegler, *Los cuatro elementos*, 1937

*blancura* aria, presentando la consistencia biológica de ésta comola condición indispensable de una *blanquitud* genuina reconquistada y como la marca inequívoca de una voluntad "regeneradora" de la modernidad. Sin embargo, lo único que logra efectivamente con sus figuras encomiásticas de la blancura aria es desencubrir o poner de manifiesto el heroismo suicida cuya necesidad profunda está implícita en la asunción de la



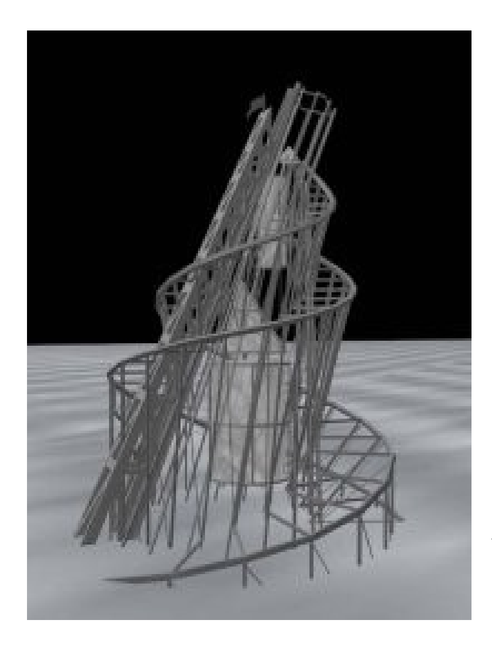

[50]
Arno Breker, Camaradas, (1939) (detalle)



[51]
Arno Breker, *El ejército*, en el patio de la Nueva Cancillería del Reich (1939)

*blanquitud*. Paradójicamente, lo que llega a exaltar en contra de sus propias pretensiones es el sacrificio de la forma natural de la vida humana y de la riqueza cualitativa del cuerpo humano en lo que tiene de encrucijada creativa de relaciones entre los valores de uso del mundo de la vida. Lo que alcanza a anunciar es una autodestrucción humana de nuevo tipo que debe cumplirse en beneficio de una reanudación reformada, autoritaria, del buen funcionamiento capitalista de la modernidad [fig. 50].

La traición que la obra de Breker implica respecto de la revolución formal que se esbozaba en la obra escultórica de su maestro, Auguste Rodin, la clausura de una exploración vanguardista de las posibilidades plásticas, la aceptación oportunista de un canon racista para la representación del cuerpo humano, condujeron al fracaso artístico de este escultor.



[52]
Vladimir Tatlin, Maqueta de la Torre para la Tercera Internacional Comunista

La contrarrevolución estética emprendida por él tuvo sin embargo efectos menos catastróficos que la otra contrarrevolución, a la que acompañó y pretendió inspirar. Víctimas de la primera fueron él mismo y el arte de la escultura en Alemania [fig. 51]; víctima de esta otra fue, en cambio, la modernidad alternativa a la capitalista [fig. 52], que venía con el movimiento comunista, y fueron, junto con ella, los veinte millones de muertos de la guerra y de los campos de exterminio en Europa [fig. 53].

El racismo normal de la modernidad capitalista es un racismo de la *blanquitud*. Lo es, porque el tipo de ser humano que requiere la organización capitalista de la economía se caracteriza por la disposición a someterse a un hecho determinante: que la lógica de la acumulación del capital domi-




[53]
Auschwitz, entrada
("El trabajo libera")

ne sobre la lógica de la vida humana concreta y le imponga día a día la necesidad de autosacrificarse, disposición que sólo puede estar garantizada por la ética encarnada en la *blanquitud*. Mientras prevalezcan esta organización y este tipo de ser humano, el racismo será una condición indispensable de la "vida civilizada".